

Pedro Arrupe: testigo y profeta del siglo XX*

Pedro Miguel Lamet, SJ.

Era claro y alto, como el monte Fuji, comentaba hace algunos años en Tokio, desde su enigmática sonrisa japonesa, uno de los exnovicios de Pedro Arrupe de los trágicos tiempos de Hiroshima. Evocar el Fujiyama o monte sagrado, que recorta su cima nevada en el horizonte nipón, es tanto como señalar el símbolo más sublime para un japonés.

Después de su muerte, ocurrida el 5 de febrero de 1991, tras casi diez años de postración a causa de la trombosis que le sobreviniera en 1981, en su desnudo cuarto de enfermería a dos pasos del Vaticano, a medida que pasa el tiempo su figura crece cada día. Es obligado situarla entre las más destacadas de la historia contemporánea de la Iglesia, y sin duda, como la de un auténtico profeta y testigo cualificado del siglo XX. He aquí algunas claves para comprenderle mejor:

La vida de Arrupe, que se extinguió suavemente como una pavesa en la curia de la Compañía de Jesús en Roma, fue un puente de creatividad y evangélica osadía entre Oriente y Occidente, entre la Iglesia del Concilio y el posconcilio. Este singular jesuita nació de la

* Tomado de *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, (7ª ed.), Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1991.

experiencia de una energía transformadora mientras deambulaba entre las cenizas y los cascotes de la fatídica primera bomba atómica, cuando convirtió su noviciado en repentizado hospital para cientos de fantasmas ambulantes, supervivientes que llevaban en sus rostros el horror de un infierno creado por el hombre.

Aquel muchacho nacido en el Bilbao siderúrgico de 1907, hijo de un arquitecto fundador de "La Gaceta del Norte", alumno de Medicina en Madrid del profesor Negrín, vivirá todas las convulsiones de su tiempo, desde el destierro de España, por la expulsión de la orden ignaciana, hasta el apocalipsis de Hiroshima pasando por la cárcel en Japón cuando fue acusado de espía, la experiencia de la injusticia y la vanguardia de la inculturación.

Una profunda impresión de su experiencia de niño se le quedaría grabada para siempre: el día de la muerte de su padre, que repetía una vez más la vivencia de abandono que le asoló el alma, cuando a los diez años perdió a su madre. El golpe afectivo de estas carencias familiares lo sublimó el muchacho, transformándolo en amor apasionado a las figuras de Jesucristo y María.

Esta situación anímica cristalizará en su vocación, sentida especialmente en contacto con dos milagros que presencia e investiga desde sus conocimientos de medicina en Lourdes, y en contacto con la injusticia en los suburbios de Madrid. Tal sensibilidad hacia la marginación será también una constante en su vida a partir de estas primeras experiencias juveniles.

La vocación a la Compañía de Jesús del excelente alumno de medicina se encarnaba en un soporte humano completísimo: inteligente, optimista, sensible y sobrio al mismo tiempo, abierto y profundo.

Ya de jesuita, mientras estudiaba filosofía, tuvo una experiencia mística, según me confió ya enfermo en Roma: "Escuché una voz que me decía: Tú serás el primero; y sentí una luz interior por lo que lo vi todo claro".

Desterrado de España, con la expulsión de los jesuitas en la segunda república, Pedro daría otro paso que preparaba ya al futuro general de la Compañía: dejaba sus raíces para pasar a ser un hombre universal. Su formación filosófica, teológica y en bioética, en Marneffe, Valkenwurg y Cleveland (EE.UU), catapultó a este bilbaíno de origen

burgués al universalismo sin fronteras de ciudadano del mundo, que caracterizará toda su vida.

Tras su Tercera Probación (último año dedicado por los jesuitas a la espiritualidad después de los estudios) en Estados Unidos y su importante experiencia pastoral con el calor humano en cárceles de máxima seguridad de aquel país, realiza el sueño de su vida. "Lloré como un niño -me contaba-, cuando, desde la cubierta del barco que conducía al Japón, divisé el pueblo de Yokohama".

Japón. Los brazos dolorosamente levantados al cielo para alzar la eucaristía en el monte Fuji, la pobreza de un país que no había despertado aún a su milagro económico, la inculturación -término que acuñó Arrupe para definir la asunción misionera de las culturas- en los caminos del Zen, su inmersión en la lengua japonesa para traducir a San Ignacio, San Francisco Javier y San Juan de la Cruz, son sólo algunos de los rasgos de aquel misionero que lo mismo organizaba un concierto que una exposición o una exótica procesión occidental por las calles de Yamaguchi.

Fue en esta ciudad, de la que fuera párraco, donde vivió el tercer gran momento místico de su vida. Acusado de "espía internacional", juzgado y absuelto, sus 33 días de cárcel entre cuatro paredes desnudas, sin un mueble, e interminables interrogatorios lo identificaron con el Cristo conducido a los tribunales.

Pero, sin duda, el día que puede calificarse de histórico durante su estancia en Japón y en toda su vida fue el 6 de agosto de 1945, en Hiroshima, donde era maestro de novicios. La bomba atómica marca el ecuador del itinerario espiritual de Pedro Arrupe. Aquel instante eterno en la capilla, frente al reloj parado por la explosión, desata en su interior otro estallido de amor. Desde su radical optimismo de hombre enamorado, Pedro transforma la fuerza destructora, que acabó con 200.000 japoneses, en energía para la creatividad.

Arrupe experimentó en Japón lo que en lenguaje oriental se denomina la "iluminación". Una y mil veces repetía: "Lo vi todo claro. Lo veo todo claro. Siempre fui feliz". No en vano, desde muy joven, se levantaba antes del alba para hacer prolongadas horas de meditación en postura oriental. Aquella intensa vida espiritual comenzaba a dar sus frutos.

El maestro se volcó en sus novicios. Uno de los últimos testimonios recibidos de aquel tiempo es el de Manuel García Casado, SJ., que lo define "siempre con la sonrisa a flor de labios y el corazón dispuesto a agrandar y ayudar a los demás", y "unos ojos, imagino yo, como los que tendría Jesús, si algún día, abriendo de pronto la puerta del sagrario, asomara su sagrada faz en forma humana, para mirar sonriente a un corazón amigo...".

Ya de primer provincial de la viceprovincia de Japón, con la internacionalización de esta misión jesuítica, tuvo ocasión de vivir, como en un tubo de ensayo, lo que el futuro le depararía de una forma más exigente como superior general.

Todos estos cimientos darían su gran futuro en la persona del general Pedro Arrupe. Arrupe no es sólo la figura del posconcilio que lanza a los jesuitas a la aventura de comprometerse a luchar contra la injusticia en las fronteras del Tercer Mundo. "Don Pedro", como le llamaban cariñosamente sus súbditos, cambió el "orden y mandó" de la férrea orden ignaciana por una sonrisa de amor evangélico, y la ascética cerrada en sí misma en un impulso positivo de servicio, definiendo a los jesuitas como "hombres para los demás". Efectivamente, cuando Arrupe llega a Roma, en 1995, en pleno Concilio, ya era un hombre del Concilio antes del Concilio. Impresiona leer hoy las primeras declaraciones de aquel general que defendía a Teilhard de Chardin, aseguraba que todo ser humano, "hasta un criminal", lleva dentro de sí el "elemento cristiano" y se metía en el bolsillo a súbditos, superiores de otras órdenes religiosas, periodistas y cámaras de televisión. El carácter simpático y el magnetismo de su personalidad parecían abrirle todas las puertas.

Sus viajes, para conocer la Compañía, acercaron su figura entrañable y sencilla a cada jesuita, que se sentía "personalmente atendido". Era el estallido de lo universal, de una iglesia inculturada, de su aire abierto y dialogante.

Pero este talante, su nueva concepción de la obediencia, su estilo amistoso de gobernar en tiempos de crisis acabarían por costarle caros. Sufrió la incomprensión y hasta el rechazo de algunos dentro de sus filas. Se le acusó de que "un vasco fundó la Compañía de Jesús y otro se la estaba cargando". Tuvo que enfrentarse con un riesgo de escisión por parte de los de la "estricta observancia".

Sus opciones no siempre fueron comprendidas por los últimos papas. Algo se rompía dentro de él en una secreta y terrible noche oscura. Al regreso de un viaje a Extremo Oriente, el 7 de agosto de 1981, cae gravemente enfermo, víctima de una trombosis cerebral. En octubre otro golpe más duro de la Santa Sede azota al ya debilitado padre Arrupe. Es amonestado por Pablo VI y desautorizado, ya enfermo por Juan Pablo II.

Arrupe inclinó la cabeza, y anonadado, obedeció una vez más. Cuando lo visité en Roma para tomar datos de su biografía, Arrupe, rosario en mano, parecía un Cristo de Mantegna pálido y transparente, perdido entre las sábanas blancas, sonriendo aún desde sus torpes labios hemipléjicos, besando la mano de los que intentaban besársela a él, sin abandonar nunca ese gesto con el que parecía pedir perdón casi por ser.

Entonces, con su media palabra de enfermo, el hombre que había hablado siete lenguas y había sido recibido por los más importantes personajes de aquel tiempo me abrió balbucientes su corazón, un corazón partido entre su obediencia y su noche oscura, entre la incomprensión y la claridad interior. "No lo entiendo. No lo comprendo - decía-. Yo nunca intenté forzar ninguna voluntad. Siempre dialogué con todos. Yo estaba interiormente convencido. Veía claro. Era maravilloso. Una experiencia de Dios. Ahora estoy roto. No sirvo para nada. Pobre hombre. En manos de Dios".

Después que la Compañía volvió a sus cauces habituales y una vez elegido el nuevo general, Peter Hans Kolvenbach, Arrupe viviría sin vivir todavía ocho años más de silencio en su pequeño cuarto de enfermería, por el cual pasarían a visitarle desde el propio Papa, que fue a verle tres veces, hasta gentes inominadas de todo el mundo que se honraban con su amistad, pasando por la Madre Teresa, el cardenal Pironio, Roger de Taizé, y un grupo de protestantes que encendían una vela y entonaban himnos en su presencia.

Arrupe no sólo fue un hombre santo de nuestro tiempo. Fue el pionero de la inculturación en la iglesia, el líder de la adaptación de la vida religiosa después del Concilio, un puente cultural entre Oriente y Occidente, el padre espiritual de más de treinta mártires jesuitas en países del Tercer Mundo, un adelantado del diálogo con el mundo y las ideologías, un amigo de los refugiados y drogadictos y, sobre todo, un

enamorado de la figura de Jesús de Nazaret, que conjugó en su vida fidelidad y profecía. Detrás de su ingente actividad, que no cabe en muchas páginas, aleteaba la vida interior del hombre de oración, y el hombre sencillo que sabía regalar una tarta con velas a su secretaria el día de su cumpleaños y tratar a un súbdito como un amigo de toda la vida.

Giulio Andreotti del "triumfo del padre Arrupe", refiriéndose a su muerte. "Sí, porque los cristianos de Roma celebran la muerte de sus santos como el triunfo o ascensión a la gloria, y lo que he vivido estos días desde la muerte del Padre Arrupe me ha recordado tantas páginas maravillosas de la historia de Roma, desde sus mártires a sus santos, como la muerte de Gregorio Magno o de san Felipe Neri y su amigo fraterno, san Ignacio: por su participación popular, por la conciencia vivísima de estar ante un santo que ha dejado una estela para el futuro de la humanidad".

Durante la homilía de su funeral, que concelebraron 350 sacerdotes, el padre Kolvenbach, emocionado y vibrante, tejió los méritos del *Magnificat* del padre Arrupe. "Ni las incomprensiones, ni las críticas le doblegaron en su afán por la justicia, por el servicio a los pobres, especialmente cuando falsas interpretaciones originaron abusos de sus directrices. Nadie ha podido criticar jamás el esfuerzo generoso que animaba su empeño ¿A dónde va la Compañía?, le preguntaban, y Arrupe respondía con sencillez desarmante: "A donde Dios la lleva". Confianza absoluta, gozosa en el Señor, esperanza ante el crucificado cargado con su cruz terrible, que le rompió el cuerpo, pero nunca su ánimo.

Mariano Ballester, SJ., que le ayudó en la logoterapia, ha desvelado que durante su enfermedad, cuando ya apenas hablaba, después de leerle algunos discursos de los que había pronunciado momentos antes de la hora de dormir, le oyó decir con su débil media lengua: "Para el presente. `Amén´...; para el futuro ¡Aleluya!". Era la síntesis mística, y de toda una vida.